

Aquella casa tan fuerte, tan magnífica, protegía á su feliz rival contra él.

Un guardia que paseaba por allí con la mayor indiferencia, pasó á su lado.

—Hermoso hotel—dijo Escoubere.—¿No es el de la duquesa?

Y nombró á una gran señora, de quien la prensa y el público se ocupaba en aquella época.

—No—dijo el agente.

—¿De quién es, pues?

—¿Os interesa saberlo?

—No, á fe mía.

—Es del Conde Gabriel de Corbiere; es el antiguo hotel Beauvillars.

—Gracias.

## XV

## Un rincón del infierno.

Eran las diez de la mañana.

La respetable portera de la casa que el señor Quillet tenía en la calle del Echaudé, con una escoba en la mano, respiraba en la entrada del portal un poco de buen aire que la primavera, en aras de una brisa complaciente, llevaba hasta aquel estrecho, húmedo y tenebroso pasillo.

Teresa, pálida, mal envuelta en su vestido usado, con una toquilla que la cubría la cabeza y el cuello, salió con paso indeciso, casi vacilante.

—¿Vais allá la preguntó la portera.

—Sí.

—¿Estais decidida?

—No hay más remedio.

—¿Sufris?

—Un poco.

—¡Animo!

La joven lanzó un suspiro.

—¿Si supiéseis qué miedo tengo!—dijo.

—¿A qué?

—A todas esas gentes que no conozco.

—Es preciso no ser tan tímida.

—¿Si no me recibirán?

—¡Tendria que ver! ¡A una joven como vos!

Teresa sonrió tristemente y continuó su camino hacia el boulevard San German.

¡Todo en ella demostraba su estado, su cara fatigada, su andar, su pesadez!

Cuando llegó frente á la clinica, entró lo más de prisa que pudo en el portal del viejo edificio.

Allí, en una especie de antesala ó de patio cerrado por cristales, una multitud de mujeres, jóvenes la mayor parte, iban y venían, las unas próximas á dar á luz, las otras habiendo salido ya de tan doloroso trance.

La mayor parte no eran guapas, todas enfermizas, con la fatiga y el disgusto de la vida impresos en la cara.

Teresa notó que delante de una de las puertas que daban á aquella habitación había más movimiento que delante de las otras.

Se puso en fila y entró.

Se encontró en la oficina.

Detrás de una especie de mostrador había sentados dos viejos, que cubrían sus pelados cráneos con gorros griegos.

El más joven era el encargado de llevar la nota de las entradas y salidas.

Tomaba las notas en un registro grandísimo, con lomo de cobre, y con esa lentitud universal de los empleados oficiales.

El otro preguntaba.

La joven se sentó en un banco, esperando á que la tocase el turno.

Llegó por fin el momento de acercarse.

—¿Cómo os llamáis?—la preguntó el jefe.

—Teresa.

—¿Y qué más?

—Montarón.

Hablaba tan bajo, que el escribiente preguntó

—¿Cómo decís?

—Teresa Montarón.

—Mon-ta-rón.

—¿En qué os ocupáis?

Y como Teresa dudase:

—Vuestra profesión, vuestro oficio... No os turbéis... Aquí no os vamos á comer.

—No tengo profesión.

—Sin embargo, ¿no tendréis rentas?

—Estudio la pintura.

—¡Mal oficio! ¡En fin, eso no es cosa nuestra!

¿Vivís?

—Calle del Echaudé.

—¡Muy comodo! ¡Estáis á dos pasos de aquí!

¿Qué es lo que queréis?... ¿Dar á luz?

Teresa inclinó la cabeza.

—¿Sois casada?

—No.

—Comprendido. Escribid, Laduret.

—Ya está.

Teresa tenía los ojos llenos de lágrimas.

El empleado que la preguntaba, estaba tan acostumbrado á aquellas escenas, que no le impresionaban de ordinario.

Pero á la vista de aquella dulce cara y al sonido de aquella dolorosa voz, no pudo menos de conmoverse.

—¡Vamos—la dijo—no os asustéis de lo que os espera! ¡No tengais cuidado, aquí hay buenos médicos y además la cosa es sencilla! Ahora ir á la consulta. Es allí, la dijo, entregándola una tarjeta é indicándola una escalera en el fondo del patio.

Teresa salió y subió la escalera que la había indicado.

Cerca de una sala grande, encalada y cuyo interior se veía desde la puerta, que estaba abierta, había sentadas una porción de mujeres con su tarjeta en la mano, en bancos situados en una especie de recibimiento en lo alto de la escalera.

Unos cuantos jóvenes con mandiles sobre la americana, fumaban en la sala y hablaban entre ellos, ocupándose de todo menos de las desgraciadas que esperaban su sentencia.

—¿Habéis visto *Dora*, Lambillot?—preguntó un joven alto rubio, de ojos hundidos y nariz afilada.

El otro contestó.

—Sí, amigo Pitet. ¡Me he aburrido de lo lindo! ¡Esa Sarah me desesperó!

—¡La mejor artista de los tiempos modernos!

—¡Oh!

—¡No tenéis sentido dramático, querido!

Todos los estudiantes allí presentes tomaron parte en la discusión, excepto uno.

Aquel hombre alto, de cabellos rubios, cutis blanco lleno de pecas, y de aspecto brusco, recibía á las mujeres, las examinaba y las decía lo que tenían que hacer.

—¡Por ahora no! ¡Volved otro día!...

—Pero señor...

—Dejaos de peros. Os faltan aún algunos días.

Cuando tocó el turno á Teresa, se acercó ésta, más muerta que viva; la miró, lanzándo-

la en pleno rostro una bocanada de humo, y la dijo:

—¿Creeis que tan pronto?... ¡No!... ¡Id con Dios! ¡Cuando os empiecen los dolores, venid! No vamos á admitiros seis meses antes, ¿eh? ¿Dónde vivís?

—Calle del Echaudé.

—Mucho mejor. Estais cerca. No vengáis hasta el momento.

—Pero...

Teresa parecía retorcerse ya por la impresión de un sufrimiento muy vivo.

El la dijo con tono brusco:

—¡Dengues!... ¡Marchaos!... ¡Os digo que todavía no es tiempo, y sé lo que digo!

La fué preciso retirarse, medio arrastrándose.

Empleó un cuarto de hora en llegar á la calle del Echaudé, en donde encontró á la portera.

—¿Qué hay?—le preguntó la buena mujer.

—¿No han querido recibiros?

—¡Me han dicho que vuelva!... ¡Y sin embargo!...

—¿Sufrís?

—¡Mucho!

En efecto, la pobre muchacha estaba verde. El sudor le caía á gotas por las sienes y respiraba con dificultad.

La portera la cogió la mano y la observó un momento.

—¡Ah, Dios mío!... ¡Imbéciles—exclamó,—si va á ser en seguida!...

Pasaba por allí un coche vacío.

Hizo seña al cochero para que se acercara.

—¡Vamos, hija mía, un esfuerzo!... ¡Venid conmigo! ¡Voy á llevaros yo y veremos qué dicen esos monstruos!

Llevó á Teresa hasta la calle, la ayudó á subir al coche, y encargando á un mozo de cuerda que conocía que cuidara de la porteria, dijo al cochero:

—Calle de la Escuela de Medicina, el edificio de enfrente, la Clínica y con cuidado, ¿eh?

Pocos minutos después la respetable señora Guignard amotinaba literalmente á la multitud en el patio de la clínica y daba gritos desahorados, mostrando su inquietud.

—¿No es una vergüenza desatender á las gentes de esta manera? —decía— ¿Para qué sirven esos holgazanes de médicos y para qué se les paga?

Las ventanas estaban abiertas, por ellas asomaban cabezas informándose del motivo de aquel escándalo.

Los dos oficinistas estaban también asomados, el más viejo dijo al compañero:

—Lo ves, ¡otro lío por causa de esos estúpidos! ¡Y éste va á hacer ruido!

Los empleados, los que pasaban por la calle, las mujeres que iban á la consulta, las que se marchaban ya con el alta y las nodrizas con sus bebés en los brazos, se apiñaban alrededor del coche que la portera había hecho entrar en el patio por fuerza, y el público, al ver aquella joven lívida, loca de dolores, que ahogaba sus quejas mordiendo un pañuelo, se ponía de parte de la enferma.

Cien voces repetían:

—¡Esto es una vergüenza, una infamia!

Y los mismos internos, olvidando á *Dora* y el teatro, decían á su compañero el rubio:

—¡Buen jaleo se ha armado por culpa vuestra! No pensais más que en fumar. ¡Pues no van á hablar poco los periódicos!

Entretanto llevaban á la desgraciada Teresa á una sala, cuyo olor á fenol se hacía insoporable, y la depositaban en uno de los blancos lechos que en la sala había.

El médico, que iba de cama en cama haciendo su visita, seguido de los estudiantes y alumnas que estudiaban para comadrones, se dirigió á la cama de Teresa, pero antes de que él llegara ya estaba la cama rodeada por alumnos de ambos sexos.

El primero que se acercó dijo en seguida:

—¡Esto ya está!

Efectivamente, Teresa había dado á luz.

—¡Un niño! —dijo una alumna, joven, de unos veinte años de edad, de cara fina, que con el niño en los brazos se inclinaba hacia la enferma y, fijándose en su hermosura, sentía desde luego por ella una verdadera simpatía.

Y acercándose al oído de Teresa la dijo:

—¡No tengáis cuidado!... ¡Yo me ocuparé de vos!... ¡Conozco esto!... ¡Mi madre es comadrona; vivimos en la calle de Richelieu, y yo vengo aquí todos los días!... ¡Cuando acabemos la lección, os hablaré!

Las facciones de la enferma perdieron su rigidez.

Un bienestar desconocido había sucedido á su horrible tortura.

La señora Guignard aprovechando el barullo que había producido el haber despedido á una enferma que había dado á luz cinco minutos después en la puerta, por decirlo así, había entrado en la sala y estuvo ayudando á las mujeres que desnudaban á Teresa.

La pobre joven, libre de sus ropas, blancas como la nieve, con su niño empañado á su lado, pudo descansar al fin con los ojos medio cerrados.

La portera se acercó á ella y la dijo:

—¡Me marchol... ¡Estad tranquila!... ¡Volveré!

Una de las vigilantes, de mayor categoría sin duda que las otras, áspera y antipática, se apercibió de pronto de su presencia, que no había notado, y bruscamente la preguntó:

—Y vos, ¿qué hacéis aquí?

—¡Yo he sido quien os ha traído á esta pobre muchacha, que no habían querido recibir. ¡Esto es abominable! ¿Para quién, pues, se han hecho los hospitales más que para los enfermos?

—No habléis tan alto ó hago que os expulsen.

La señora Guignard había tenido en su juventud un carácter bastante fuerte.

Conservaba aun algo de él. Sus ojos no habían perdido su fuego, ni la lengua su soltura. Se puso en jarras y contestó:

—¡Estaría de ver eso, vieja estúpida!

Teresa oyó esto sin duda, porque abrió

los ojos y con una mirada suplicante, calmó á la respetable portera, que contestó:

—¡Bueno, bueno, dejémonos de cuestiones! ¡Cuidadme bien á esa pobre madre, que bien lo merece! ¡Adiós, pronto volveré!

Y se dirigió hacia la puerta, pero con calma, dignamente, como quien se va por su voluntad, no eclado.

Teresa quedó sola, porque estar sola es encontrarse frente á frente con sus recuerdos, aun estando en medio de una multitud.

Sus pensamientos eran menos sombríos que los días anteriores.

Sin fuerzas para moverse, pero sin sufrir, libre ya de las angustias que la asaltaban antes, experimentaba un amargo goce al sentir á su lado al hijo sin padre, del cual debía ser el único sosten.

Le oprimía contra su pecho con infinita dulzura, diciéndole como si la hubiese podido entender.

—¡No temas nada; estamos solos en el mundo, pero yo velaré por tí; te defenderé! ¡Nada me arredrará cuando se trate de mi hijo!

A eso de las cinco, el encargado del registro de entradas, se presentó en la sala con un libro debajo del brazo, y pasando de un lecho al otro de las enfermas acompañado de la vigilante de servicio, llegó á la cama de Teresa.

—¿Sois vos la que ha venido esta mañana?

—preguntó.

—Sí, señor.

—¿Es un niño el que tenéis?

La vigilante contestó:

—¡Ahí está!

El empleado repuso:

—¿No tiene padre?

—¡Imbécil!—refunfuñó una joven que ocupaba el lecho de al lado.—¡Todas las criaturas tienen un padre!

—Quiero decir que el padre no quiere darse á conocer—contestó el empleado.

—Ha muerto.

—¡Ah!

—Hace seis meses.

—¿Reconoció al niño?

—No.

—Entonces no tenéis derecho á darle su apellido. El niño es sólo vuestro. ¿Cómo le llamaréis?

—Rolando.

—Bueno—dijo el empleado.—Decimos, pues, que se llamará Rolando Montarón, hijo de Teresa Montarón, hijo natural, bien entendido.

—¡Idiota!—repuso la vecina—¿No son naturales todos los hijos?

—¡Silencio!—ordenó severamente la vigilante.

—Firmad—dijo el empleado, presentando una pluma á Teresa. ¿Criaréis á vuestro hijo?

—Yo quisiera, pero trabajando es difícil.

—Entonces se le pondrá en nodriza. ¿Podréis pagarla?

—Creo que sí.

—¡Bueno! ¡Mañana se verá!

El empleado se separó de la cama de Teresa, y seguido de la vigilante recorrió otras camas, tomando otras tantas notas.

Teresa quedó sola de nuevo con sus reflexiones.

Vivía como en un sueño.

Pensaba en aquel grande y soberbio castillo de la Ferté Montarón, del cual, si hubiera justicia en el mundo, la criaturita que allí al lado del corazón tenía con ella, hubiera poseído al menos un ala con una pequeña parte de las tierras del dominio, mientras que ahora estaba sin recursos, no teniendo por apoyo más que á su madre, abandonada por sus parientes, sin padre, desconocida por la condesa, aquella mujer orgullosa, ante la cual no se hubiera atrevido ni aun á presentarse.

Y le repetía con cariño:

—¡No temas nada!... ¡Aquí estoy yo... ¡Te quiero!...

Llegó la noche. A Teresa esta primera noche la pareció larga.

¡Estaba destrozada y sin fuerzas!

La parecía que no podría salir nunca de la postración en que se encontraba.

De cuando en cuando se oían quejidos de mujer ó lloros de niños que se mezclaban á las quejas de las madres.

Teresa no se atrevía á cerrar los ojos, de miedo á ahogar á la criaturita, que á cada instante aproximaba á su seno, y de la que forzosamente había de separarse al día siguiente por la mañana.

¿A dónde la llevarían?

Esta era su mayor preocupación.

Hubiera querido tenerla á su lado. ¿Pero cómo arreglarse?

¡Estaba tentada de cogerla, irse con ella á Sologne, como pudiera, y arrojarla á los pies de su madre! Pero la idea de su deshonra y de las desgracias de que era ella causa, la detenían.

¡No, decididamente no tenía valor para hacerlo!

En París al menos no la conocían.

— Cuando llegó el día, los pensamientos de la joven madre eran menos sombríos.

Perdieron en tristeza á medida que la luz se hizo más clara.

La noche engendra los fantasmas: la aurora los disipa.

Teresa pensó en que iba á volver á ver á la joven que con tanto cariño la había hablado cuando había entrado en la clínica.

Después de la lección, había vuelto, como la había prometido, para decirle:

— ¡No decidáis nada respecto á vuestro hijo! ¡Yo me ocuparé de eso esta noche!

Y con una sonrisa afectuosa, había añadido:

— ¡Hasta mañana!

Principiaron á entrar en la sala las enfermeras, los mozos encargados de la limpieza empezaron á abrir las ventanas para purificar la atmósfera fumigando con fenol, limpiando el polvo y prestando á las enfermas los primeros cuidados del día.

Después entraron los internos con sus trajes de trabajo y sus mandiles y por fin llegó el médico seguido de su procesión de estudiantes y de aprendices de comadrones.

Entonces Teresa volvió á ver á la joven del día anterior, la cual, acercándose á la cama, la dijo:

— ¡Mi madre se ha ocupado de vos; ya ha encontrado una buena mujer que se encargará de vuestro hijo. No es de lejos de aquí, de Seine-et-Oise, cerca de Rambouillet. Podreis ir á verla. Cuida á las criaturas muy bien... Pero es algo cara... treinta y cinco francos mensuales por todo. ¿Podreis pagarlos?

— Sí... ahora no tengo casi dinere, pero en cuanto esté bien, iré al correo y cobraré una cantidad. ¡Con eso pagaré á la nodriza!

Teresa pensaba en los cien francos que había pedido al cazador de topos y no dudaba que se los enviaría.

Así podría pagar los primeros meses y despues esperaba que Dios no la abandonaría.

— Decid que ya tenéis quien se encargue de vuestro hijo—repuso la joven—y no cedáis á las instancias de nadie... ¡Si supiéseis!...

Quiso decirle:

— ¡Si supiéseis qué desgraciadas son las criaturas que se entregan á mujeres á quienes no se conoce!

Y añadió:

— La nodriza vendrá mañana.

Al día siguiente era jueves.

Los jueves y los domingos pueden visitar á los enfermos sus parientes y amigos.

A mediodía principió el desfile.

Hubo una concurrencia grande de toda clase de gentes, pero sobre todo de gentes pobres, que iban por las salas en busca de un número.

A la puerta de los hospitales se abdica de su personalidad.

Se convierte uno en una simple cifra, en un número, como en las prisiones.

Teresa se había hecho en pocas horas indiferente á las humillaciones, á los rozamientos y á los ultrajes al pudor á que están expuestas las pobres jóvenes que, como ella, reciben asilo y cuidados á condición de servir para los experimentos y estudios científicos de los profesores y de sus discípulos.

Teresa no pensaba en nada más que en su hijo y en el porvenir.

A las dos llegó la señora Guignard, como había prometido, y se instaló á la cabecera de la cama de su inquilina.

—No hubiera faltado por un imperio—dijo.—Para que no viniera hubiera sido preciso que me hubiera roto las piernas. ¿Vamos mejor?

—¡Oh! Sí.

—¿Veis?... ¡Con ánimo se hace uno á todo! Adivinad quien ha quedado al cuidado de la portería, porque, como sabéis, no se puede dejar la casa sola. ¡Hay tantos bribones en París.

—¿El señor Quillet?

—¡Justamente! ¡El señor Quillet en persona! Llegó muy asustado. Os quiere, estoy segura de ello. Y me dijo: «Señora Guignard, id á ver á esa pobre joven y traedme noticias de ella».

—¡Rogadle que me busque una colocación!

—¡No desea otra cosa! ¡Tratará de hacerlo, sobre todo, si se la pedís vos misma!... ¡Pero la pintural...

Teresa miró á su hijo.

—No tengo tiempo de estudiar ni de esperar.

—¿Por el pequeño?

—¡Sí, por el pequeño!

—Será preciso no estar aquí mucho tiempo, querida—dijo la portera.—Se está mejor en la calle del Echaudé.

Miró al niño, que dormía.

—¡Es robusto!—dijo.—¿Pero qué va á ser de él? Necesita nodriza.

Justamente en aquel momento se presentó la joven que se había encargado de esto, acompañada de una aldeana de unos cincuenta años de edad, muy fresca, muy limpia y de cara agradable.

—Esta es la persona de que os he hablado—dijo á Teresa.—El ajuste está hecho. Es una buena mujer. Mi madre la conoce desde hace años. Cuando ya estéis bien la pagaréis el primer mes.

La aldeana la dió algunos detalles de su persona.

Era viuda; tenía su casita, unas tierrecitas y un huertecito, y vivía con su hija cerca de la aldea de Fontaine, próxima á Ramboüillet.

Tenía seis niños en su casa y los criaba con biberón, con leche de sus vacas.

Dos días antes había ido á ver á la señora Firmin, comadrona que vivía en la calle de de Richelieu, y á quien conocía desde hacía muchos años, para pedirle un niño.

La gustaba tener completo el número.

La señora Firmin la había hablado de la



joven y de su hijo, por quienes se interesaba su hija.

Y ella se encargaba del pequeño.

—¡Tal vez su nacimiento no sea muy católico—dijo riendo,—pero es preciso criarlos, y éstos son muchas veces á los que más se quiere!

Dió sus señas á Teresa, que la dió en cambio las suyas y cogió el niño.

—¡Hermosa criatura—dijo,—pero también tiene una madre hermosa!

La separación costó lágrimas:

Teresa besó con una especie de furor á aquel Rolando, cuyo nombre la recordaba al amante á quien veía siempre sonriéndola, hablándola con ternura, alegremente, con su ligereza indiferente de joven rico, para el cual la vida no tiene más que placeres.

¿Qué pensaría él desde el fondo de la tumba en que yacía, si nuestras almas se ciernen en el aire y ven lo que nos sobrevive, al ver á aquella á quien amaba, en un lecho de un hospital, y al hijo de su amor entregado á una aldeana desconocida, porque la madre se veía obligada á ganarse el pan y la necesidad la quitaba hasta el derecho de dar su leche á su hijo?

Ocultó la cabeza entre las manos y empezó á llorar.

—Vamos—la dijo la aldeana con cariño,—no lloreis. Ya ireis á verle cuando esteis bien. Os recibiremos como amigos. Os lo cuidaremos mucho. ¡Animo, que todo irá bien, ya veis!

La aldeana se marchó llevándose al niño.

que se llevaba consigo parte del corazón de su madre, y esta la envió un beso.

Poco después llegó la mujer del pintor con su hija, y allí, en ausencia del marido, la señora Krug desahogó su corazón.

Los negocios iban de mal en peor.

Casi la pesaba haber abandonado la casa de la calle de Echaudé; pero Krug se obstinaba más que nunca en su pintura, que no le producía nada.

En los primeros días habían tenido algunas ilusiones, y después, como siempre, nada había ido en su auxilio.

Hubiera hecho mejor en dedicarse á mozo de cuerda.

Todo era preferible á abrigar esperanzas que resultaban siempre fallidas.

—¡Yo no digo nada delante de él—concluyó diciendo la pobre mujer, porque temo digustarle; pero él vé bien que yo no estoy contenta!

—¡Pobre hombre, y es un talento!—pensó Teresa.

¿Comprendió la señora Krug lo que pensaba Teresa?

Tal vez, porque replicó:

—¡Sí, el talento es bueno, pero es triste morir de hambre!

La suiza se expresaba con dulzura.

Quería á su marido, no cabía duda; pero al ver que su hija carecía de todo lo que necesitaba para restablecerse, se irritaba contra un arte, que puede dar la gloria y la fortuna, pero que hasta entonces no les había causado

más que decepciones haciéndoles vivir en una estrechez vecina de la miseria.

Cuando Teresa se encontró sola, privada de su hijo, pero feliz al saber que estaba bien colocado, la fatiga triunfó de sus preocupaciones y de sus inquietudes por el porvenir.

A pesar de los gritos desgarradores que se oían de cuando en cuando y del ruido que hacían alrededor de ella, un sueño de plomo cerró los ojos; echó la cabeza sobre la almohada dura como una piedra, y se durmió hasta el día siguiente.

## XVI

## Un ricón del paraíso.

En otros tiempos producía un terrible espanto esta palabra; el presidio. Evocaba en seguida la idea de un recinto cercado por murallas que no se podían franquear y en cuyo dintel se dejaba la esperanza.

Capataces terribles, que tenían derecho de vida ó muerte sobre los penados que vigilaban; hombres separados del mundo, vestidos con la librea del crimen, atados por parejas trabajaban bajo el látigo del amo, como el buey de labor trabaja bajo el aguijón del mozo de labranza, he aquí lo que se veía allí.

Sin contar con la marca indeleble que hacía del penado un ser aparte sobre quien se grababa su infamia con hierro candente.

En este fin de siglo estamos por las dulzuras y hemos cambiado todas esas cosas.

Con raras excepciones, el valiente que asesina á un transeunte en los boulevares exteriores, pasadas las diez la noche, para despojarle de un reloj de níquel ó de una moneda de cinco francos que lleva en el bolsillo, paga con hacer un viaje de recreo en un barco del gobierno y vivir después en una isla en donde á menos de recomendación especial, el gobernador le recibe como á un amigo y se esfuerza por procurarle un buen rancho y algunas distracciones para dulcificar los aburrimientos del destierro.